Solos y sin embargo amigos

La soledad, sin excesos y elegida, puede ser tan necesaria como esas personas que van y vienen acompañándonos a través de los años

SARAY ENCINOSO

En puntas de pie

Está de moda decir *conversatorio* en vez de *conversación* y es habitual leer que hay libros que dialogan entre sí. No me gusta ni lo primero ni lo segundo. Pero sí creo que saltamos de ciertos títulos a otros como si recorriéramos un camino que, aunque no está marcado y a veces parece contradictorio, hemos ido trazando a través de coincidencias, curiosidad, casualidades.

Algo así he sentido con dos libros que he leído de manera consecutiva y que parecen profundizar en temas opuestos, pero que en realidad indagan en la forma de relacionarnos, de hacer amigos, de abandonar relaciones, de forjar nuestra propia identidad como se construyen todas las identidades: a partir de cómo nos vemos a nosotros mismos y de cómo nos ven los demás.

Para explorar todo eso, cómo practicamos la amistad sin que nadie nos enseñe nunca a hacerlo, Jacobo Bergareche y Mariano Sigman han escrito *Amistad. Un ensayo compartido* (Libros del Asteroide y Debate, 2025). Este original experimento redactado en primera persona del plural ha contado con 75 expertos, es decir, 75 personas –amigos suyos o de otros– que han conversado con los autores para que ellos pudieran armar este puzle (ahora, las charlas de las que se alimentan estas páginas están publicándose semanalmente en forma de pódcast). Desde Jorge Drexler hasta La Bien Querida, pasando por Jorge Freire, Laura Ferrero, un inmigrante salvadoreño y los hijos de Bergareche y Sigman; el resultado es un tratado experimental en el que no hay definiciones cerradas sobre qué es un amigo y en el que la única conclusión ya la conocíamos antes de empezar a leer: no podemos vivir sin amigos.

Mariano Sigman y Jacobo Bergareche, autores de 'Amistad'.

A veces, sin embargo, podemos estar rodeados de personas y sentirnos solos. A Juan Gómez Bárcena le gusta creer que esa sensación de aislamiento en medio de muchos tiene su propia palabra: soledumbre. Le ocurrió a él en Buenos Aires, a donde llegó para una estancia académica, y ocurre, en general, en las ciudades, donde podemos ser nosotros mismos sin la mirada escrutadora de vecinos que conocen nuestro árbol genealógico, pero también podemos sumirnos en una invisibilidad que nos difumina y nos anula. Es algo que, a menor escala, ha sido habitual, incluso, dentro de los hogares. Solo hace falta retroceder unas décadas y observar a las amas de casa, sin cuarto propio ni nada que se le pareciera, para percibir lo solas que estaban; la necesidad que tenían de asideros, refugios, intimidad, pestillo. Porque los cerrojos no solo nos esconden, nos permiten ser nosotros, sin condicionantes, para también ser con los demás.

Hay otras soledades, las que se han dado a lo largo de la historia en islas remotas –y que han inspirado ficciones como *Robinson Crusoe*–, en océanos –la ballena de 35 hercios canta una frecuencia que ninguna otra ballena puede oír– o en países extraños –la que han padecido todos aquellos que emigraron y descubrieron que ellos también podían ser «tierra extranjera»–.

A partir de esas ideas, y tirando del hilo de la vida de Horacio Quiroga, el escritor uruguayo que se aisló en la selva de Misiones con su familia, Bárcena ha escrito su *Mapa de soledades* (Seix Barral, 2024), un viaje por los diferentes países que conforman el mundo de la soledad. Cada uno de nosotros transita por distintas naciones de este planeta sabiendo que este sentimiento muta, pero siempre aparece, en sus diferentes variantes, a lo largo de la vida. La soledad, sin excesos y elegida, puede ser tan necesaria como esos amigos que van y vienen acompañándonos a través de los años.

Saray Encinoso es periodista y escritora, autora de *El año que no viajé a Buenos Aires* (2021).

Tienes que escucharla

Yo sé que quiero a alguien cuando deseo enviarle un fragmento de un libro o una canción recién descubierta

LAURA BARRACHINA

Alta fidelidad

Entre las diversas señales del amor está la de desear compartir lo bello con la otra persona. Mary Oliver lo explica muy bien en *Horas de invierno*: «Cada vez que oigo algo horrible, quiero taparle los oídos a M. Cada vez que veo algo bello y me da un vuelco el corazón, es a M. a quien corro a contárselo». El amor tiene muchas formas y la amistad, si no es lo mismo, es una de ellas. Yo sé que quiero a alguien cuando deseo enviarle un fragmento del libro que leo, una foto de las glicinias floreciendo o una canción recién descubierta, ese es mi lenguaje: libros, flores y canciones. Es un lenguaje compartido con Inés Martín Rodrigo y con sus personajes.

En su nueva novela, la conmovedora *Otra versión de ti* (Destino, 2025), Andrea intenta desesperadamente entender por qué su pareja se ha marchado, por qué ha desaparecido, y se protege de la incertidumbre y la preocupación escuchando las canciones favoritas de Candela como la preciosa *Paint the moon de The Czars* o las que significaban algo para ambas como *El equilibrio es imposible* de Los Piratas, salvo que aquí Andrea dice: «Hace unos días, descubrí una versión de Valeria Castro. Tienes que escucharla. Conmigo».

Ese deseo de volver a compartir juntas un descubrimiento y el revés de no poder hacerlo evidencian el profundo amor que Andrea siente por Candela y la frustración en la que la ausencia la ha sumido.

Martín Rodrigo nos recuerda en este libro que el valor de la vida no debería marcarlo la presencia de la muerte y lo mismo pasa con el amor, su ausencia o la amenaza de perderlo no deberían ser los recordatorios de cuánto queremos. La música es un hilo conductor importantísimo en *Otra versión de ti que*, por otro lado, es un bordado de muy diferentes hilos porque Andrea intenta averiguar qué le ha pasado a Candela mientras escribía un libro sobre su madre, fallecida cuando la escritora era una niña, y para eso utiliza todo tipo de materiales: los diarios de Candela, sus notas de lecturas, mensajes de sus redes sociales o los wasaps que recopiló de su familia con historias sobre su madre, incluida la de su pasión por los cantautores.

El músico Damien Jurado.

La música, como los rasgos, las manías o las costumbres, también se hereda y Pablo Guerrero, Joan Manuel Serrat o Georges Moustaki comparten banda sonora de la novela con La Bien Querida, Xoel López y Depedro. Es un tapiz complejo y hermoso el que cose Martín Rodrigo en esta novela que atraviesa tinieblas para llegar hasta la luz y se transforma en una carta de amor caleidoscópica e infinita: a la vida, a la pareja, a una madre, a la familia, la biológica y la elegida, pero también al arte, a la literatura que para la escritora es escudo en la batalla y salvavidas en la tormenta tanto como la música.

Escuchando *Coney Island* de McEnroe comprendimos que «la tristeza tiene su parte de belleza» y con Mercedes Sosa cantando una letra de Julio Numhauser que «todo cambia, pero no cambia el amor». Ambas canciones suenan en el libro mientras las protagonistas buscan, se buscan, se pierden y tratan de encontrarse cada una por separado para que al hacerlo puedan remar de nuevo la una hacia la otra: «Yo navegaría de vuelta a ti» canta Damien Jurado en *Everything trying*, «yo estaré siempre navegando en tus profundos ojos azules». Es una de las canciones más hermosas de todos los tiempos. Como diría Andrea (y con todo mi amor): tienen ustedes que escucharla.

Laura Barrachina es periodista cultural.